

Paulo Freire: una educación liberadora

Antonio Calvo

Presidente del Instituto E. Mounier

Paulo Freire nació en Recife (Brasil) el 19 de septiembre de 1921. No era un miserable. La casa en que vino al mundo era una «quinta»: una casita con un terreno en el que había algunos árboles. Entre los recuerdos que él mismo evoca de su niñez, sobresale la influencia del carácter de sus padres, y el clima de comprensión y diálogo que dominaba en la convivencia familiar. Su padre era espiritista, aunque sin pertenecer a círculos religiosos; y su madre de religión católica. Freire escogió la religión de su madre y aprendió a respetar las opciones y las ideas de los demás al ver cómo respetaba su padre las creencias religiosas de su madre.

Freire, que ha muerto en 1997, ha pertenecido a esa clase de hombres necesarios: los que trabajan y se entregan durante toda su vida. Una de sus últimas obras es *Pedagogía de la esperanza, un reencuentro con la pedagogía del oprimido* (agotada), continuación y actualización de la clásica *Pedagogía del oprimido*, que apareció en España de la mano de la editorial Siglo XXI en 1970, sobre la 12ª edición (7ª Argentina), y que estaba dedicada: A los desherrapados del mundo y a quienes, descubriéndose en ellos, con ellos sufren y con ellos luchan.

y que, como muestra del interés que ha despertado su obra, en 1995 iba por la edición número cuarenta y seis.

Estamos hablando de un hombre que ha crecido hacia abajo. Se hizo prójimo para ayudar a construir un mundo de hermanos, ayudando a los oprimidos, enseñándoles a levantarse, a recobrar su dignidad oculta, a encontrar su palabra y proferirla. Esta opción liberadora le costó un largo exilio de quince años.

En un mundo que quiere dar por buena la actual situación de injusticia, que ha hecho del encubrimiento y la mentira cultura oficial y utiliza las mejores tecnologías de la información para reproducir los ecos del poder, las voces se ahogan en el griterío, por eso, porque es urgente y necesario y se ha hecho muy difícil distinguirlos, y porque Freire hizo de su vida un esfuerzo y un servicio en esta lucha, nos parece vigente su testimonio y queremos recordarlo. Nadie puede ser libre si los demás hombres no lo son. Un hombre degradado abaja la humanización de todos. Pero, este anhelo requiere un método, una exigencia, y una perspectiva. No podemos ser ingenuos; los opresores no lo son y estudian, proyectan y se organi-

zan. Por otra parte, la opresión también es interior.

Estando así las cosas, comienza Freire abriéndose a la realidad.

Principio de realidad

Millones de seres hambrientos, negados, impedidos de leer su palabra y apenas capaces de leer su mundo. El derecho a la vida, a la educación liberadora, a una democracia que proteja mediante leyes el derecho a la diferencia, a la no discriminación por cualquier razón deben ser incorporados a las enseñanzas educativas. Hay sueños por los que luchar.

Freire, como los teólogos de la liberación, con quienes afirma su concordancia, comienza su método con este principio de realidad: la opresión de millones de seres condenados a no-ser, los nadie, los sin. Una cruel realidad que no se circunscribe a Latinoamérica, y que va en aumento.

Dejándose afectar por esta realidad, para bajar de la cruz a los crucificados, propone convertir la educación en práctica de la libertad.

Mediante el «método» de alfabetización de adultos nos ofrece una nueva «racionalidad» de la tarea educativa.

1. Pedagogía que se hace «antropología»

Freire presenta, con toda sencillez y contundencia, un nuevo espejo en el que puede mirarse el hombre despojando de todo, despojando incluso del alfabeto gráfico, del texto, pero también del con-texto. En esta situación empobrecida, el hombre, no es capaz de leer bien ni sus circunstancias ni su yo.

Este espejo goza de tales propiedades que es capaz de «reconstruir» la imagen que se le pone delante. Mediante el camino que Freire propone, el hombre oprimido puede abrir los ojos a la realidad, descubrir las mitificaciones con las que una cultura alienante y opresora la ha disfrazado, y, por último, recorrer un camino de liberación que es consecuencia de su inserción crítica en el mundo. El autodescubrimiento le ha hecho caer en la cuenta de que lo que le define es muy diferente de lo que pensaba, falsamente, como lo único real.

Al «desvelar» el mundo de la opresión, la pedagogía deja de ser mera descripción, la enseñanza sólo transmisión de datos ya elaborados, y pasa a ser impulso de hombre nuevo.

Su idea del hombre es la de un ser de condición histórico-social, que experimenta continuamente la tensión de estar siendo para poder ser y de estar siendo no sólo lo que hereda, sino también lo que adquiere. El hombre es un ser finito, limitado, inconcluso, pero consciente de su inconclusión. Y, por eso, es un ser constantemente en búsqueda, en proceso. Un ser que, teniendo por vocación la humanización, se enfrenta sin embargo al incesante desafío de la deshumanización, como distorsión de esa vocación.

Somos seres programados para aprender y, en ese sentido, aprender y enseñar han venido adqui-

riendo, en la historia, connotaciones ontológicas.

La educación es permanente en razón, por un lado, de la finitud del ser humano, y por otro lado de la conciencia que éste tiene de su finitud. Es un ser que sabe que vive, sabe que sabe y sabe que puede saber más y vivir mejor. La educación y la formación permanentes se fundan en eso.

La educación ha llegado a ser a lo largo de la historia, gestándose en ella, vocación de humanización. El ser humano, en términos de vida entera, jamás deja de educarse.

El ser humano convive y las formas de esa convivencia: familia, ciudad..., etc. son también educadores y educandos. Las hacemos y nos hacen.

2. Una nueva interpretación

En la vida y para la vida, no es posible ni aceptable la neutralidad (política). Niños y adultos participan en procesos educativos de alfabetización con palabras pertenecientes a su experiencia existencial, palabras grávidas de mundo. La práctica educativa, como vida humana, implica opciones, rupturas, decisiones, estar y ponerse en contra, en favor de un sueño y contra otro, en favor de alguien y contra alguien. Ocultar y revelar verdades no es una práctica neutra.

Mediante el proceso de codificación-descodificación, ofrece un modelo de encarar la realidad y de interpretarla: una exégesis viva de la existencia.

Codificando se desarrolla la cercanía a la realidad sangrante de la vida y al mismo tiempo, se amplía el horizonte; se desarrolla el sentido histórico.

La descodificación hace resaltar los fallos del presente al relacionarlo con el pasado. Las situaciones límite acercan los problemas y los

hacen acuciantes empujando sin ambigüedad a la búsqueda de la transformación del mundo. Esta herramienta de interpretación que va teniendo en sus manos el oprimido le hace capaz de recrear el universo.

La vida es posible sin utopía, pero, sin ella, no es posible una vida humana y una historia humana.

3. La historia pasa a ser maestra de la vida

Su pedagogía es histórica. Como decía Ellacuría, siempre hay un signo en cada tiempo que es el principal, a cuya luz se deben interpretar y discernir los demás. Ese signo es siempre el pueblo históricamente crucificado, que junta a su permanencia la siempre distinta forma histórica de crucifixión.

La historia es tiempo de posibilidad y no de determinación. Y si es tiempo de posibilidad, la primera consecuencia que surge es que la historia es libertad y requiere la libertad. La historia es la posibilidad que creamos a lo largo de ella, para liberarnos y así salvarnos.

Esto significa reconocer la naturaleza política de esa lucha. Política que rechaza las prácticas puramente asistenciales y que entiende la educación también como posibilidad.

Se trata de la historia concreta de cada uno y de todos los oprimidos.

La potencialidad transformadora de este método debe mucho a dos convicciones fundamentales: a) a la confianza absoluta en las posibilidades del hombre; y b) a la intuición fecunda de que el reconocimiento crítico de la propia situación se convierte en el mejor profesor que se pueda desear. «El acontecimiento ser nuestro maestro interior» decía Mounier. Pero, nos recuerda Freire, como buen pedagogo, que el simple deseo y la improvisación no sirven. Volunta-

rismo y espontaneísmo tienen ambos su falsedad en el menosprecio de los límites. Son un obstáculo para la práctica educativa.

Es preciso asumir realmente la politicidad de la educación. Por qué, contra qué y a favor de qué o de quién. La intervención es histórica, es cultural y es política.

A veces, la violencia de los opresores y su dominación se vuelven tan profundas que generan en grandes sectores de las clases populares sometidas a ellas una especie de cansancio existencial, anestesia histórica, en que se pierde la idea del mañana como proyecto. De ahí la necesidad de la intervención competente y democrática del educador en las situaciones dramáticas en que los grupos populares, destituidos de la vida, están como si hubiesen perdido su dirección en el mundo. Explotados y oprimidos a tal punto que hasta la identidad les ha sido apropiada.

Pisar firme y reflexivamente en la existencia concreta es uno de los cimientos de la pedagogía liberadora. La escuela del mundo imparte el mejor aprendizaje cuando el hombre desposeído vive en diálogo permanente con otros hombres que quieren transformar, decididamente, la realidad. Esa es la «historia» que enseña sin esclavizar.

Desopacar la realidad nublada por la ideología dominante pasa así a ser una tarea que cumplir en la escuela. El educador debe intervenir como docente, como desafiador.

4. Superación de los dualismos

La historia, sobre todo en Occidente, ha padecido una visión dualista, separada de realidades que una educación bancaria ha presentado como irreconciliables.

Siguiendo los presupuestos de Freire y, a través de un método de

alfabetización, en el que no sólo se lee el texto, sino también el contexto y la textura, el hombre oprimido va superando progresivamente un largo camino de dicotomías: el del saber total y la ignorancia absoluta; educador y educando; reflexión y acción; vida normal y vida política; cuerpo y alma... etc.

Junto al deber de criticar, el deber de no mentir para apoyar nuestra crítica es un imperativo ético de la más alta importancia en el proceso de aprendizaje de nuestra democracia.

No puede el hombre separar pensamiento y acción. En el quehacer educativo todos deben participar. Los hombres se arriesgan, se aventuran y se educan en el juego de la libertad.

Toda práctica educativa implica: *a)* presencia de sujetos; *b)* contenidos; y *c)* métodos, que deben estar en coherencia con los objetivos, con la opción política, con la utopía.

La opción liberadora exige el deber de no omitirnos, de dar testimonio de la libertad con que optamos y jamás intentar imponer nuestras opciones —una de las connotaciones del autoritarismo es el total descreimiento en las posibilidades de los demás—; tomar en consideración al educando como sujeto; tener en cuenta su experiencia; práctica de analizar la práctica. Democratizar el poder.

Porque sólo se trabaja realmente en favor de las clases populares si se trabaja con ellas, discutiendo acerca de sus sueños, sus deseos, sus frustraciones, sus miedos, sus alegrías.

El ser humano es una totalidad que rechaza la dicotomización. Nos movemos en el mundo de una manera integral.

Desocultar la verdad y destacar la belleza no pueden ser ejercicios de intolerancia. Sin embargo, Freire avisa de que no debemos confundir el respeto por otro y su ver-

dad con la connivencia con su forma de negar la verdad. El respeto por su posición no significa condescendencia. Lo estético, lo ético y lo político no pueden estar ausentes ni de la formación ni de la práctica (científica).

En el respeto a las diferencias le parece a Freire fundamental el testimonio de que es posible y necesario pensar sin prescripciones; y además, de que es posible aprender bajo el desafío de diferentes formas de leer el mundo.

5. Cuadro de referencias

El camino que se inicia con el método de alfabetización va desde la primera palabra que se lee y escribe, hasta el nivel más alto de la fe personal en un Dios que libera de angustias y de miedos. Entre esos dos puntos del camino encontramos la posibilidad real de incluir la creciente actitud crítica de los alfabetizandos, la relación interpersonal, la organización del pueblo, la opción política y la transformación de la realidad.

Mediante la pedagogía que Freire propicia, el hombre oprimido, y también el que desee salir del círculo de los opresores, puede descubrir la interrelación que hay entre todas las vertientes de la existencia humana.

En realidad, todas las facetas de la vida están íntimamente conectadas, pero la mayoría de los hombres no descubren estos lazos elementales. Por eso, es de gran valor el marco que propone Freire para situar cualquier hecho de la vida humana y ayudar a percibir cada fenómeno en la compleja red de influjos mutuos y cruzados.

En el fondo, el método de Paulo Freire es mucho más una comprensión dialéctica y dúelica de la educación que un método de alfabetización. Una comprensión dialéctica de la educación vivamente preocupada por el proceso de co-

nocer en que educadores y educandos deben asumir el papel crítico de sujetos conocedores. Nadie nace hecho. Nos vamos haciendo poco a poco, en la práctica social en que tomamos parte. Esta participación exige confrontación, es menester optar por un lado u otro de la realidad.

6. La conciencia crítica, antídoto contra la masificación

Cualquiera que sea la práctica en la que participamos, exige de nosotros que la ejerzamos con responsabilidad. Hay una inmoralidad radical en la dominación, en la negación del ser humano, que contagia cualquier práctica. La educación para la liberación tiene la responsabilidad del imperativo ético de desocultar la verdad y de no mentir jamás. Ético y político.

La significación de la conciencia crítica es prioritaria. El hombre de conciencia mágica, y más aún el de conciencia ingenua, es el resultado de fuerzas que le empujan a ser mero transmisor de lo recibido. En cambio, el hombre sujeto se convierte en el motor de la sociedad, y aunque siempre está condicionado socialmente, no deja de ser transformador de las influencias que recibe.

Al producirse una confrontación de las personas con su propia existencia, y al rechazar las estructuras que deshumanizan, el hombre de conciencia crítica se siente impulsado a construir esquemas dinámicos de su propia realización, y se empeña en edificar un nuevo tipo de sociedad.

Resaltando la intencionalidad de la conciencia y potenciando el carácter activo de la misma, la pedagogía de Paulo Freire se convierte en contraveneno de la alienación; en antídoto poderoso contra la masificación.

Sin embargo, esta pedagogía no es una llamada al esfuerzo individualista. La meta de la criticidad es inalcanzable en solitario. Sólo en grupo, y, sobre todo, en comunidad, se puede desarrollar la máxima conciencia posible.

Es importante dejar claro que la educación popular, cuya puesta en práctica en una sociedad de clase se constituye en un nadar contra la corriente, es la que jamás separa de la enseñanza de los contenidos el desvelamiento de la realidad. Estimula la presencia organizada de las clases sociales populares en la lucha en favor de la transformación democrática de la sociedad, en el sentido de la superación de las injusticias sociales.

Es necesario que las mayorías trabajen, coman, duerman bajo un techo, tengan salud y se eduquen. Es necesario que las mayorías tengan derecho a la esperanza para que, haciendo el presente, tengan futuro.

Ningún derecho de los ricos puede constituirse en obstáculo para el ejercicio de los derechos mínimos de las mayorías explotadas. Ningún derecho del que resulte la deshumanización de las clases populares es moralmente derecho. Puede ser legal, pero es una ofensa ética.

Nos recuerda Freire que es típico de cierto discurso neoliberal, al que importa sobre todo la enseñanza puramente técnica, la transmisión de un conjunto X de conocimientos necesarios a las clases populares para su supervivencia. Más que una postura políticamente conservadora es ésta una posición epistemológicamente insostenible y que además agrede la naturaleza misma del ser humano, «programado para aprender», algo más serio y más profundo que adiestrarse.

7. El diálogo, superador de irracionalismos

Freire recoge toda la riqueza de contenidos del personalismo en su idea del diálogo.

El diálogo es entre un tú y un yo, pero también es diálogo con los otros hombres, con el mundo y con Dios. El diálogo es el ingrediente esencial del proceso transformador desde el mismo punto de partida.

La dialogicidad es la máxima fuerza revolucionaria que puede darse en el mundo. Bien entendido que dialogar no es consensuar, ni renunciar a la utopía.

En este diálogo el hombre se va constituyendo señor de la historia, dejando superadas las esclavitudes a las que estaba sujeto por una falsa visión de la historia y de sí mismo que le imponía un sistema de educación deformante.

Prevalece la concepción de la historia como posibilidad. En esta concepción de la historia, la educación no es todopoderosa, pero es un factor fundamental en la reinención del mundo. No hay espacio para optimismos ingenuos, ni para pesimismo deprimidos.

Como proceso de conocimiento, formación política, manifestación ética, búsqueda de la belleza, capacitación científica y técnica, la educación es práctica indispensable y específica de los seres humanos en la historia como movimiento, como lucha.

Debemos colocar nuevamente en el centro de nuestras preocupaciones al ser humano que actúa, que piensa, que habla, que sueña, que ama, que odia, que crea y recrea, que sabe e ignora, que se afirma y se niega, que construye y destruye, que es tanto lo que hereda como lo que adquiere. Así restauraremos la significación profunda de la radicalidad de nuestro ser, como persona y como misterio, como ser de comunión.